

La sombra, fuerza de lo inestable

Frente a la reconsideración o exterminio de lo ya vivido y conocido (de aquí el fundamento de su poemario *Milenios* al que situé —entonces— en el *culturalismo épico-lírico*), se manifiesta ese deseo tráfugo de un hombre hacia situaciones nada comunes (lejos de la idealización de paraísos), de marcada raíz metafísica, mediante continuas insinuaciones de sombras y sugerentes juegos de luces en estructuras de expresión serena como soporte de la *inquietud*, la *duda* en su interna *inestabilidad*, y la *indagación* motivadas por todo un desasosiego intelectual y definitorio de una conciencia altiva e inquietante, aun a sabiendas de esa impotencia que configura al hombre en su infinito:

Y nació el hombre. Miró en torno. Puso
su mano sobre el árbol. Bebió el agua
del manantial secreto de la vida.
Bebió la luz. Durmió sobre la hierba.

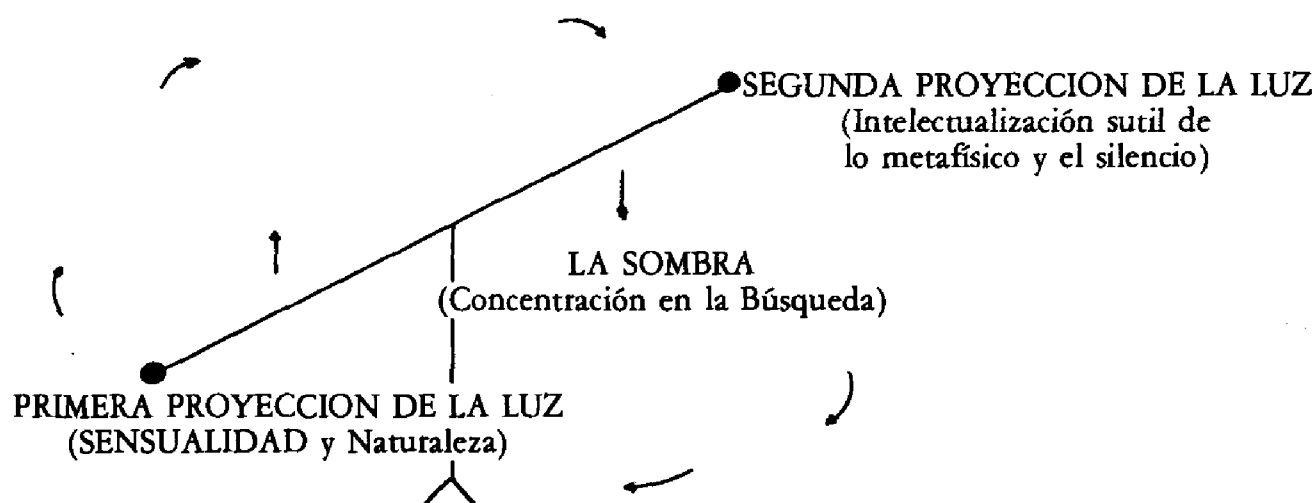
Entre sueños, su mano tocó el frío
lomo de la serpiente. La acarició durmiendo.

Y al despertar, en vano tristemente
buscó las alas que perdió en el sueño.

Si en alguna ocasión se ha dicho que la *sombra* es el fin y, a la vez, retorno original en el requerimiento poético de Juan Mollá, habrá que considerar que la *sombra*, al ser una liberación del inconsciente mediante la que se conoce extrarracionalmente, es —en Mollá— la base de un móvil que permite en su oscuridad... dos trayectorias de luz; y en sus alternancias y alteraciones está el juego por una parte, y por otra la *búsqueda* final y silenciosa. De tal manera que cuando sucumbe la razón es la *sombra* quien abre camino en el sueño o en la materia misma en sus múltiples manifestaciones tras los telones del juego y la superficialidad:

Van alzándose, lentos, los telones del mundo.
Un cielo claro brota de una siembra de estrellas.
Se está abriendo una flor y despierta la alondra.
En cada gota de agua hay un río que empieza.

En un esquema se podría representar ese móvil tan personal, en su continuo movimiento circulatorio, al tiempo que ascendente y descendente:



vinieron a representar el proceso que sigue toda su obra, e incluso los poemas en su independencia, hasta el momento; como sucede en su poema «Los telones» de su libro *Milenios*, que se presenta dividido en tres partes, como el esquema anterior.

Es curioso apreciar cómo la estructura —tanto significativa como significativa—, de cada uno de los poemas, independientemente, se identifica con la totalidad de este ciclo poético. La reiteración anteriormente aludida. Y aún lo es más si consideramos en todo este transcurso creativo y unidad poética una coincidencia, por aquello de la capacidad de interpretación del lenguaje, con la teoría que del signo lingüístico nos dio L. Bloomfield, y en la que R. Jakobson se fundamenta para exponer el acto de comunicación sémica.

Según Bloomfield el signo lingüístico adquiere su naturaleza de representación simbólica (sombra al mismo tiempo) de la realidad como *reacción y estímulo* lingüístico; es decir, un *estímulo no lingüístico* (que en el anterior esquema sería esa *luz primera-naturaleza*) produce una *reacción lingüística* que a la vez es *estímulo lingüístico* (ambos en identificación con la *sombra* del esquema citado), y que finalmente producen una *reacción no lingüística* (siendo ésta *la segunda luz* en el móvil que se manifiesta en la obra de Juan Mollá). El escribe en un poema:

Se van perdiendo las palabras vivas
y los pasos de ayer se van perdiendo.
Las llamadas del bosque se amortiguan.
Cada vez menos ecos.

Casi no queda huella en la memoria
de una larga impaciencia.
De una pregunta que vibró en la aurora
y aún espera respuesta.

De aquí la sea la *sombra* un símbolo del sueño y de la misma materia, como forma inconsciente del pensamiento y del conocimiento; la base de un juego del lenguaje con la Naturaleza. Juego de indagaciones que en ciertos momentos satisface como promesa, adivinación o esperanza; mientras que en otros se aniquila en un diálogo imposible:

Inútilmente giran las palabras,
relojes afanosos dan sus horas,
hormigueros frenéticos se activan...
El queda siempre al fondo. Cerca ronda.

Como si un rayo se infiltrase con su luz permanente en lo más recóndito y hasta lo más insospechado.

En su poema «Mensaje» nos anuncia que

Nadie sabe qué luz está naciendo.
Nadie sabe qué noche enorme cae;
qué roza nuestro miedo como un ala;
qué madura en el fondo de los mares.

De este modo la racionalidad y el intelectualismo activan su capacidad de juego junto con las palabras; y sus significaciones se asemejan al tablero de un ajedrez cuando en una partida son la *luz* y la *sombra* (Blanco y Negro) quienes se alternan en su activi-

dad: sombría en cuanto profundización activa en lo más soterrado, y lúcida en cuanto actividad en lo que nos es más evidente. La elocuencia del silencio que surge de la Naturaleza y del pensamiento tras haberlo perdido o ganado todo:

Sueño lejano vuelvo a ti. Retorno
a donde no llegué jamás. Al bosque
donde busqué los ojos al misterio.

Apreciamos cómo la nostalgia está en volver *a la luz primera*, y a la esperanza en su profundización, a lo positivo de la *negatividad*, a esa personalidad inconsciente y que nos negamos a reconocer en nosotros mismos. Así nos dice:

Ciega la claridad apenas entrevista
y hay que sumirse más en la penumbra.
Parece la penumbra casi clara
y hay que entrar en la sombra.

Y explorar sombra adentro sin retorno
la Pirámide inmensa de tu noche,
buscando tu sepulcro
con los ojos cerrados en lo negro.

Y es que en la sombra que aparece en los sueños nos relacionamos con las vivencias y las sensaciones de otras personas; como si fuera nuestro doble quien nos mantiene conectados con otras realidades aunque nos identifique con el miedo que proyectamos nosotros mismos:

Hombre abisal, tu miedo
al mar de noche no es el miedo a lo hondo.
Es como una llamada, una turbia esperanza;
la tentación oscura del regreso a la sombra.
Tienes miedo a encontrarte, no a perderte.

La búsqueda constante

Como consecuencia de toda esa lúdica multiplicidad de luces está la *aventura de la luz* en esa trayectoria iniciada desde la *experiencia de la naturaleza*; cuando es la *sombra la medida de esa misma naturaleza* desde la que se llega al *desconocimiento*, al desconcierto irracional, o al *racionalismo como juego*:

En el principio estuvo Dios creando los números
y sus íntimas relaciones secretas...

Se reía tontamente, a solas, como un niño.
Se frotaba las manos, imaginando a solas
la alegría del hombre, cuando lo descubriera.

sirviéndose de esa actitud permanente de la inteligencia más sutil y su luz, como sombra o preludeo a una profunda pretensión destructora del desconocimiento; estancia donde se complementan dos realidades poéticamente; como son la misma luz y la sombra en común viaje al centro de un diamante:

Después de tantos años luz, de tantos
vericuetos celestes, laberintos y absortas
ciudades encantadas,
traspasando infinitos umbrales y paredes,
descendiendo, ascendiendo, penetrando
a través de fragores y de incendios.

Y el silencio, el silencio, el silencio
como un clamor creciendo sin medida,
un clamor que se apaga eternamente.
Medida de la luz es el silencio.

O la sombra.

Por todo ello creo que no es la *sombra* principio y fin del planteamiento poético en Juan Mollá, sino reflexión interminable hacia ninguna parte, *eje* entre dos distintas proyecciones de la *luz*. La *sombra* como teoría del conocimiento / desconocimiento ante las diferentes manifestaciones de la *realidad*. El ha escrito:

¿Quién es capaz de abandonar su máscara
y mostrar el desnudo rostro ciego?

Desconocimiento creativo que se lanza a la deriva, hasta la posible concienciación metafísica; aunque en ello se propusiera o planteara un encuentro con la *nada* o su representación negativa en la cosmogonía, jamás se abandona esa capacidad de indagación o juego del conocimiento entre la ambivalencia de *luz* y *sombra*, y sus consecuencias en cuanto actitud pensante o *luz final* en toda su revelación misteriosa. Misterio y luminosidad del silencio más enigmático, donde radica toda la fuerza, independencia y personalidad de una obra, sustentada en lo sensorial y en lo simbólico como relanzamiento y recomposición de un intelectualismo metafísico. Una simbología intelectualizada. Un simbolismo que se manifiesta como rasgo icónico en sus afinidades con la Naturaleza, e intelectualizado en cuanto *irrealidad* y búsqueda mediante esta superposición de elementos de la experiencia, literario-lingüísticos y metafísicos.

El viaje inacabable
y el centro al fin, la meta,
agujero sin fondo del fulgor,
pupila revelada,
vértice de la luz, profundo golpe
del corazón abierto para siempre.

Juego del sueño que no culmina en el elogio ni en los límites de la *sombra*.

Miguel Galanes